

La cenicienta que no era doncella

Textos y dibujos de Rafa Poverello

Esta obra ha sido creada bajo una licencia Creative Commons Atribución



Es decir, puedes hacer con ella lo que te venga en gana, mientras cites Fuente y autor:

Rafa Poverello, **2020**

Para Vera, esa niña encantadora, con muuuucho cariño.

Y para todas las familias que sueñan un modelo diverso de educación.

Érase una vez que se era...

Perdón, que empezando así esto parece un cuento de los de toda la vida.

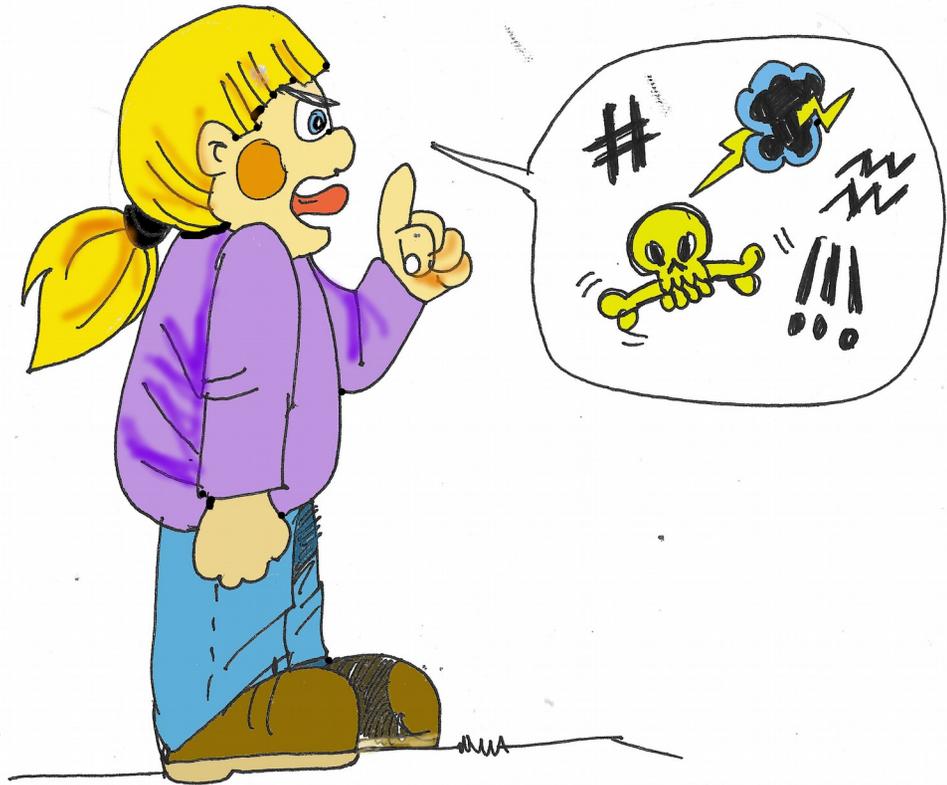
Lo intentamos de nuevo.

Cenicienta era una dulce doncella que vivía en un piso de alquiler con Ana, su madrastra, y dos hermanas postizas, Susana y Carmelita, que eran hijas de su madrastra.



Bueno, en realidad, Cenicienta ni era dulce (o lo que se suele entender por dulce) y no sabemos si era doncella (o lo que se suele entender por doncella).

No era lo que solemos entender por dulce porque cuando alguien quería aprovecharse de ella, sobre todo algún chico tratándola como si fuera tonta, le salían por la boca sapos y culebras y era capaz de darle una buena patada en el culo.



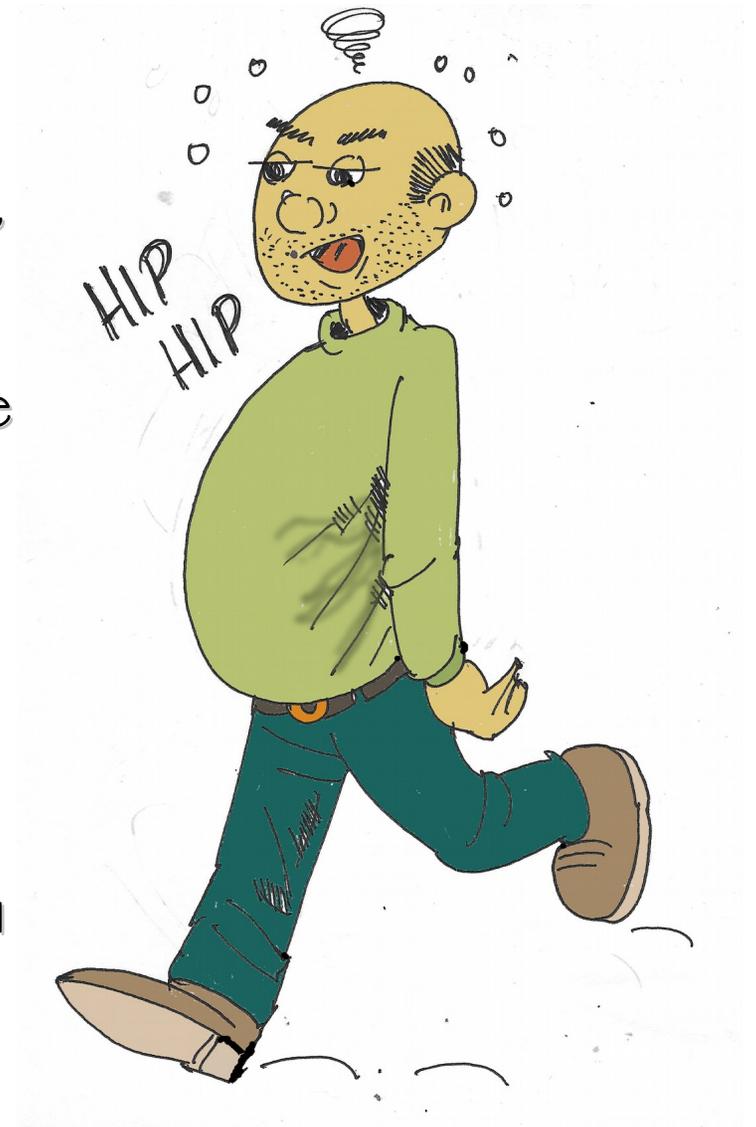
Por eso la llamaban Cenicienta, porque decían que echaba el cenizo a quien se portaba mal con ella.

Y no sabemos si era lo que solemos entender por doncella porque ya era mayorcita e, igual que nadie le preguntaba a los chicos de su edad lo que hacían o dejaban de hacer, Cenicienta era muy libre y nadie sabía tampoco lo que hacía o dejaba de hacer, aunque mucha gente se metía con ella por hacer lo mismo que los chicos siendo una chica.

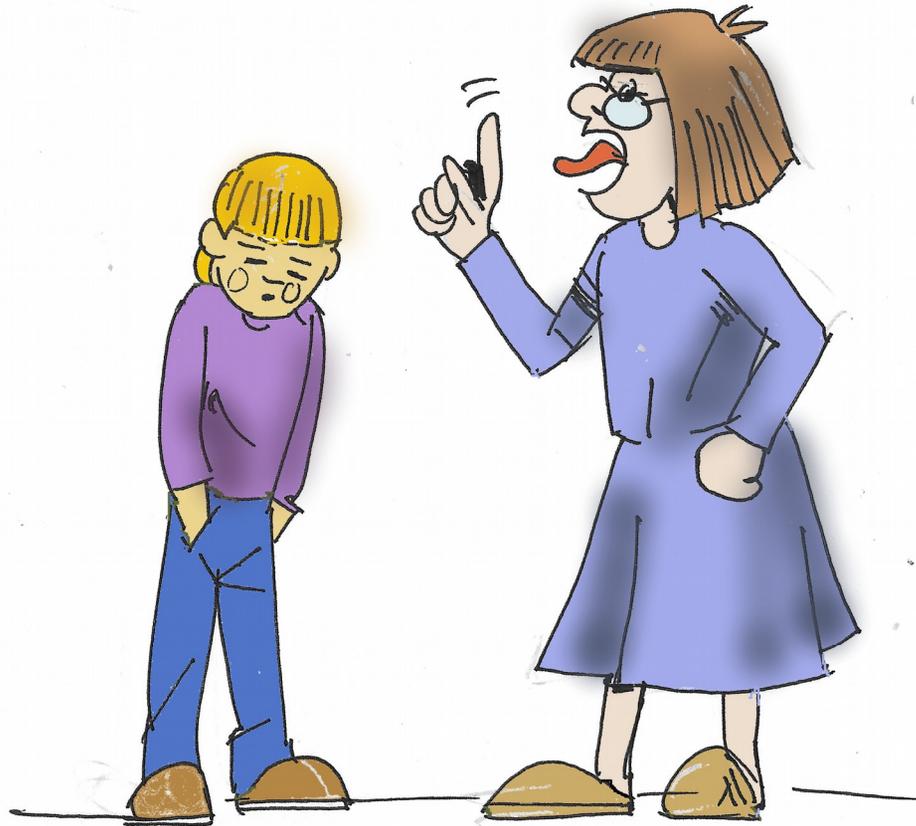


Por otro lado, Cenicienta tampoco vivía sola con Ana y sus hermanas postizas, Susana y Carmelita. El padre de Cenicienta, de cuyo nombre no quiero acordarme, vivía con ellas, aunque nunca se hablaba de él vete tú a saber por qué.

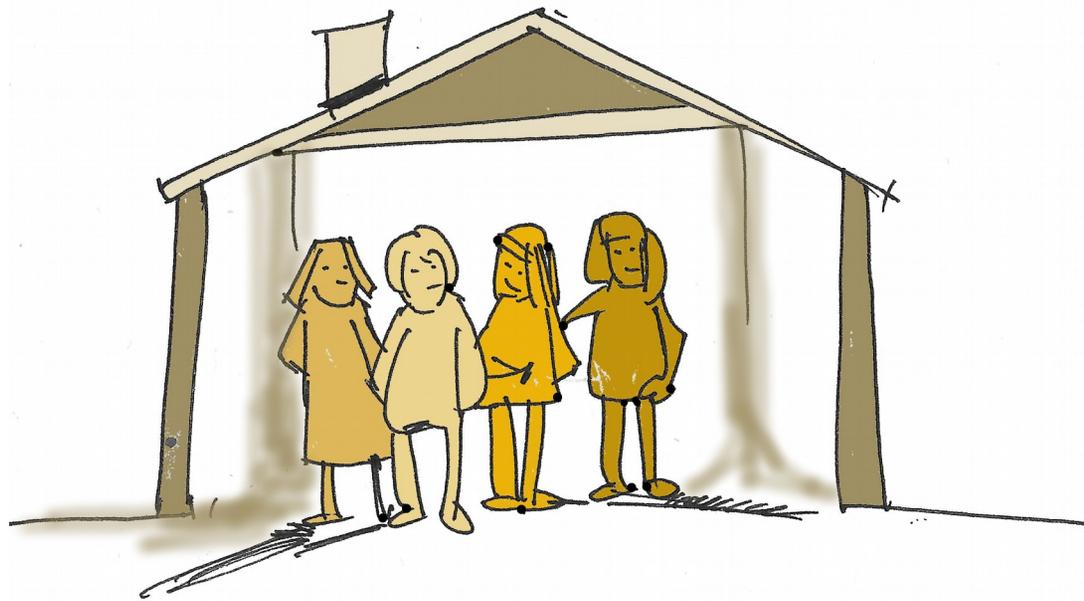
El caso es que el padre se pasaba todo el día en el bar con sus amigos, llegaba a casa de muy mala uva y no se preocupaba para nada de su mujer y de sus tres hijitas.



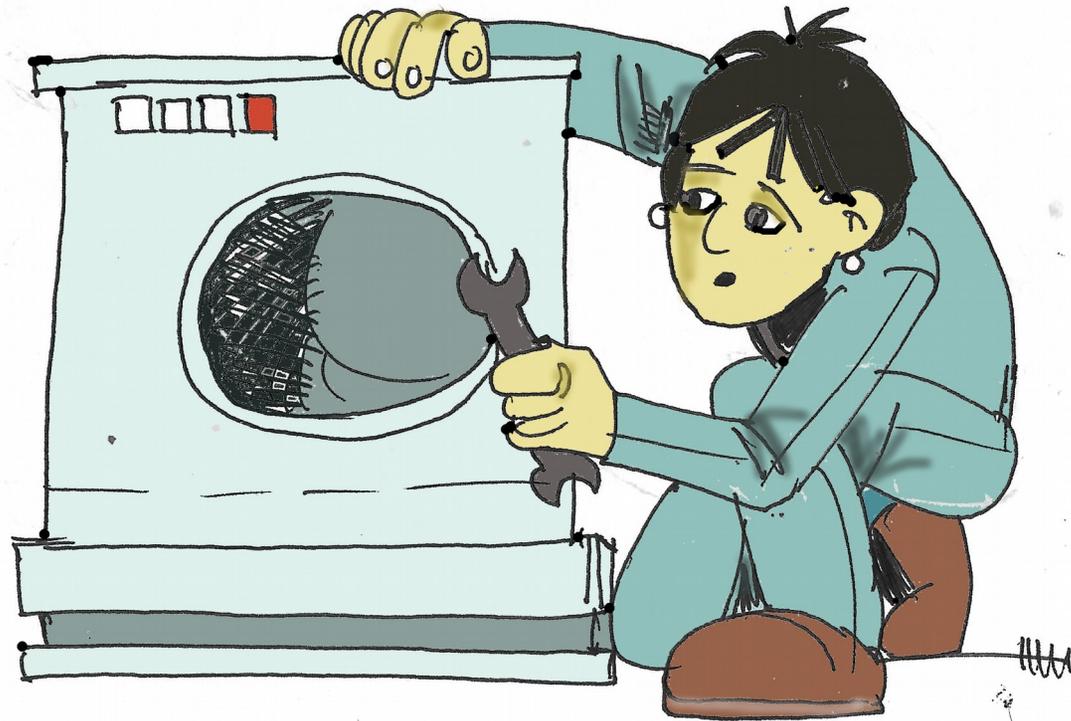
Como es natural, esto molestaba mucho a Ana, la madrastra de Cenicienta, y hacía que a veces tuviera mal carácter y lo pagara con sus hijas, sobre todo con Cenicienta. Pero no porque la quisiera menos, sino porque era más buena que el pan y no le ponía mala cara.



Al vivir solas cuatro mujeres en la casa, porque el padre era como si estuviera siempre de viaje, todo el vecindario se metía con ellas: que si iban a ser unas solteronas, que si cualquiera entraba en esa casa, que seguro que se tiraban los trastos a la cabeza...



Era envidia, porque Cenicienta y sus hermanas se llevaban muy bien y hacían reparaciones caseras para sacar algo de dinero y poder mantener a la familia. Ana apenas podía trabajar; estaba casi siempre muy triste, por la mala vida que le daba su marido, que no aportaba nada de dinero a la casa.



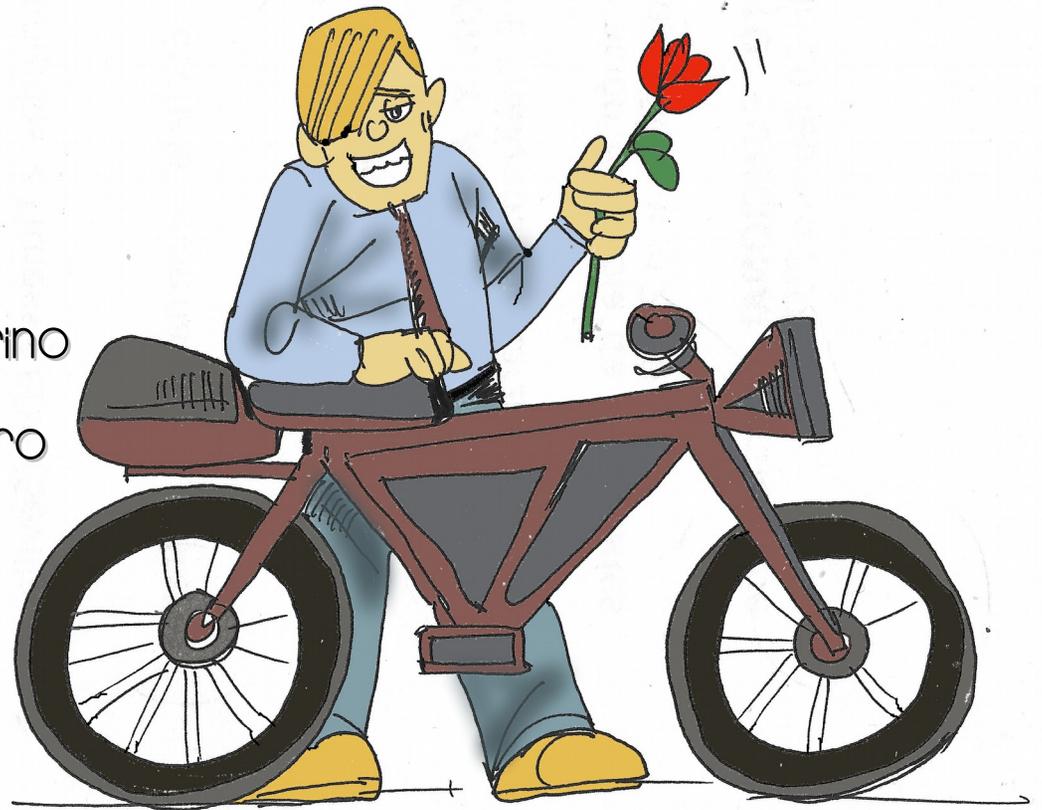
Cuando se acercaba la Graduación de Cenicienta, entre todas las mujeres de la casa hicieron un traje de retales que parecía un vestido de novia.

Tan bonito era, que la gente empezó a comentar que se lo habían hecho unos duendes o unas hadas madrinas en lugar de dar por sentado que cuando las mujeres se ponen a hacer algo les sale de maravilla.



Total, que Cenicienta fue a la fiesta de Graduación y, fíjate por dónde, en el baile se encontró con un compañero suyo de toda la vida que le tiraba los tejos desde 4º de la ESO: Severino se llamaba, que había venido montado en su mega moto.

Todo el mundo decía que Severino era muy guapo y tal y cual, pero a Cenicienta nunca le había gustado porque iba de chulo por la vida y creyéndose el príncipe azul.



A Cenicienta le daba cosilla no hablarle cuando se le acercó y estuvo un ratillo con él dándole palique. Pero como su conversación era solo de coches, toros, fútbol y lo buenorra que estaba, Cenicienta se aburrió igual que una ostra y le dijo que se largaba con su amigo Felipe, mucho más feo (o lo que solemos entender por feo), pero más *apañado*.



A Severino estuvo a punto de darle un infarto, tan mono él. Se puso súper pesado y no dejaba a Cenicienta que se largara. Total, que ella salió corriendo a toda pastilla para alejarse de él.



Como Severino iba detrás de ella, a Cenicienta no se le ocurrió otra cosa que tirarle un zapato para que la dejara tranquila. El zapato le golpeó en la cabeza a Severino, que se quedó de piedra.

Solo eran las **12** de la noche cuando pasó lo del zapato, así que Cenicienta tuvo tiempo de encontrar a Felipe y se fueron a tomarse unos helados antes de regresar a casa.



A la mañana siguiente, en el desayuno, Cenicienta, muerta de la risa, le contó a su madrastra y a sus hermanas postizas (a las que quería como si fueran hermanas de las de verdad) lo que había pasado en la fiesta de Graduación y todas se echaron las manos a la cabeza con la actitud de Severino.



Cuando estaban terminando el desayuno, Severino se presentó en la puerta de la casa para devolverle el zapato a Cenicienta; incluso con la intención de probarse para ver si se había estropeado del golpe.



Pero Ana le dijo que Cenicienta había llegado muy cansada, con resaca de lo bien que se lo había pasado con Felipe, y que no podía salir.

Al ver la cara de angustia y enfado del tal Severino, Susana y Carmelita insistieron en que, en realidad, el zapato era de ellas y, con ganas de guasa, comenzaron a probárselo entre falsas muestras de dolor.

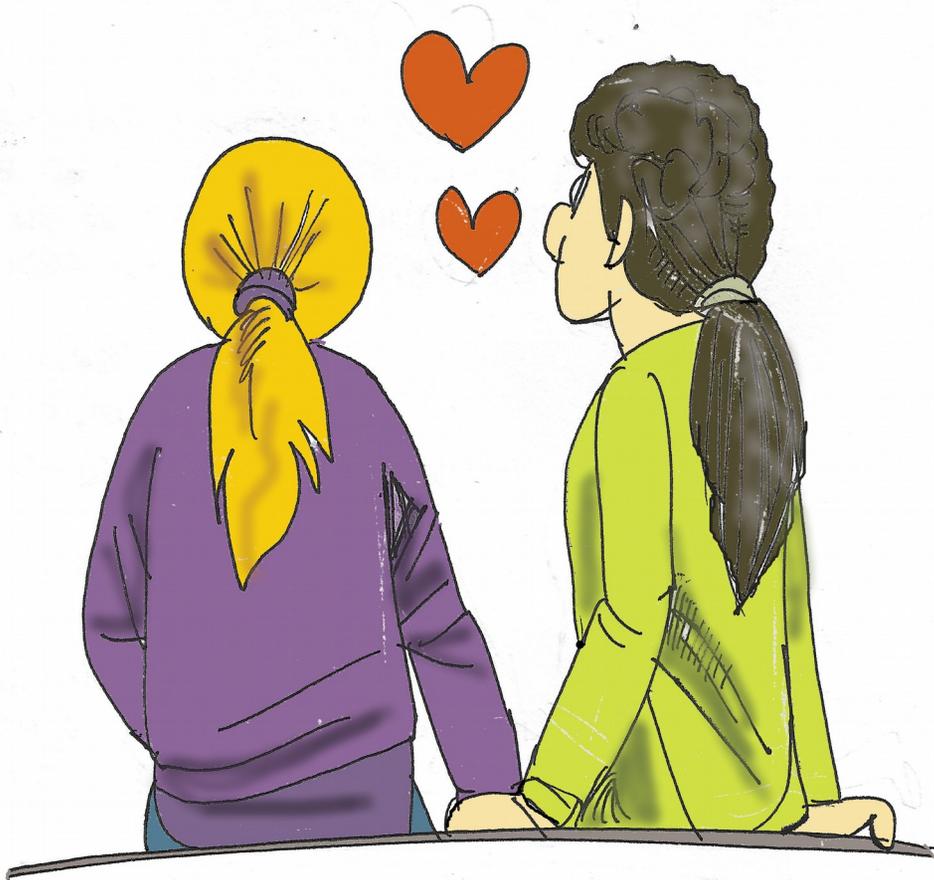


Severino no volvió más a casa de las cuatro mujeres más famosas de aquel pueblo, quienes, hartas del trato que recibían por parte del vecindario y de la actitud del padre, una noche hicieron las maletas, se largaron de casa y del pueblo y nunca más se supo de ellas.



Cuentan por ahí que, al final, Cenicienta y Susana, que se querían mucho desde pequeñas aunque no eran hermanas, se fueron a vivir juntas y formaron una familia feliz, pero no comieron perdices, sino

tofu y coliflor, porque se hicieron vegetarianas.



Y colorín colorado,
las mujeres han triunfado.

